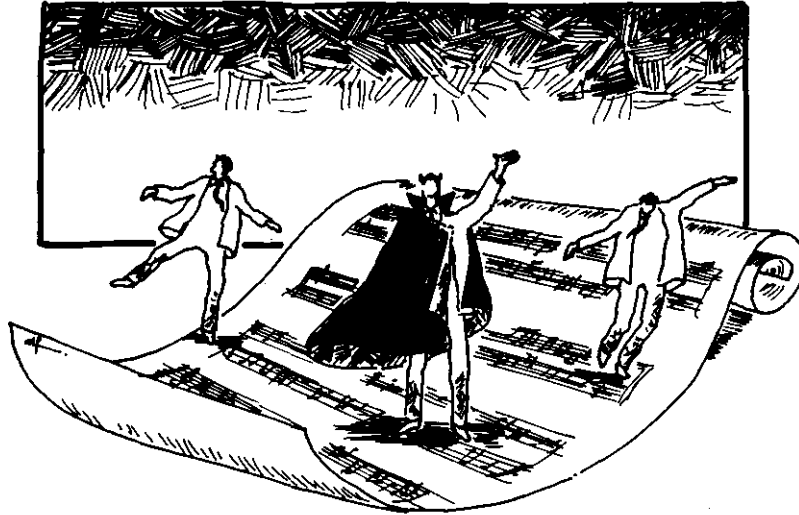


Mephisto Waltz

Ramiro Dávila Grijalva



¿Esa voz? "Yo te enseñaré a bailar el vals... ¿Quieres oír la cuarta versión del Mephisto Vals? ¿No la conoces?" ¿Cómo? Si solo hizo tres... ¿Qué? ¿Quién? No puede ser. Tengo mis nervios alterados. "No creas. ¿No me reconoces? Soy un no-ser real. Como diría Sartre, un ser-para-la nada."

¿Dónde estás? la

biblioteca está en penumbra. ¡Por Dios! Casi me endeudo en esta maldita Venus de Botticelli. Allí está... ¿Quién eres? "Escucha Arrigo Boito, si quieres. Pero como podrás apreciar, fui apresado durante una cacería de hippies y ahora parezco milico. ¿Esperas a Diego?"

Tal vez. Disculpa si

no te vi al entrar. Ultimamente ando tan abstraído y concentrado en mí mismo.

"Te hace falta una chica".

¿Cómo la Cavendish o la Gruesa-Michel? Dios me libre....Soy el artista nato.

"Podrías hacer la prueba con una más espigadita..."

¡Qué tipo para vulgar!
¿Qué le importa lo que yo
haga?

¡Qué ademanes! ¡Qué
se figura!

"Te importuno. Pero
no creas, en el fondo te
tengo un gran aprecio. Sé
que eres, en efecto, un
gran artista. Y no te
imaginas que será la
mujer la que te saque de
tu paraíso artificial,
haciéndote morder la fruta
envenenada de sus
encantos. Piensa en el
más fecundo de los
músicos..."

Ya sé a quien te
refieres... Prefiero a
Beethoven.

"¿Y qué me dices de
tu maestro preferido?"

Fue muy
desventurado
precisamente a causa de
ellas.

Sin embargo, creo que
nunca se arrepintió. Y
además, sin ellas no
habría escrito esas
conmovedoras páginas de
la última época que al
decir de "Y..., demuestran
un hondo deseo de volver
al seno materno, a la paz".

Está bien. Está bien.
¿Pero qué le importa, en
definitiva, a este tipejo mi
vida...?

"No te molestes...
Escucha mi cuarta versión
del Mephisto Waltz".

Diego todavía

demorará un momento.

Me empiezo a sentir
tremendamente mal. Este
sudor frío. Que llegara
pronto el Diego. Ya no lo
soporto a este tipo. Me
duele la cabeza. Que
chuchaqui y no tomé
siquiera una pastilla.

Ta tá...ta-tá...

Se acerca al espejo.
Tiene la forma de un
óvalo con un marco
labrado. Tal vez hojas de
pámpano y sus racimos.
Se mira con curiosidad.
Hace el ademán de
ajustarse la corbata y se da
cuenta que está de sport.

¿Qué visiones estoy
viendo? Es esto una
ventana o un espejo.
Pero qué muchacha tan
flaca. Este rapaz trata de
hacerme una diablura.
O me estoy volviendo
loco. Se ha sentado al
piano. O será esa música
que me hace imaginar
cosas. Se acerca. Salta
del marco. Está aquí
presente. Siento muy
cerca su aliento. Como si
llegara a una fiesta
elegante con un traje
largo. El color azul la
hace parecer más
espigada. Una fuerza
irresistible me atrae hacia
ella. Es agradable tomarla
por el talle. Mi otra mano
instintivamente se
entrelaza con la de ella.
Su mano suave. El
perfume que embriaga.

La mano tan suave, tan
fina, alargada. La otra
vuela hasta mi cuello. Me
acaricia. Qué diablos
hago aquí. Esas notas
fatídicas.

Ta-tá...Tatá...

Me arrastra ese
compás. Maldita la
escena de ayer. Pero hoy
hoy no me libro. Soy
sarandeado por el vals
(Waltz) como un papel
llevado por un torbellino o
mejor por una tromba de
viento. ¿Qué hacer?
Amigo, basta, basta. La
chiquilla está demasiado
flaca. Y él entre
torbellinos de música:
"No te preocupes de su
delgadez. Es un problema
de óptica a causa del
espejo. El cristal tiene
alguna falla..."

Ja-já...Ja-já...

La danza toma
nuevamente impulso.
Pero ya no es una danza.

Es una marcha al
suplicio de Berlioz. Esto
es diabólico. Mezclar
Liszt a Berlioz.
Componer un Berliszt.
Volamos. Reconozco
Santa Teresita y el padre
de la TV se prepara a
bendecirnos. Y esa fila de
apesadumbrados y yo en
medio y esta chiquilla
demasiado flaca. Ese
cortejo fúnebre de
hombres alargados.
Espectadores de alargadas

caras de circunstancias. El matrimonio del Conde de Orgaz, que no es otro que Fausto, yo Fausto Hidrovo. Y el maldito que aporrea al piano. Ni Liszt, ni Berlioz, Mendelssonliszt. Estoy completamente loco. No podían faltar mi parejita de damas de amor, las sonrosadas señoritas Cavendish y Grosse-Michel. Que Dios tenga piedad de nosotros.

Vuelve el vals y el arcipreste: "Y al cabo se casaron y su matrimonio fue válido y consumado, y tuvieron una descendencia numerosa". El visitante: "Te felicito. Espero que la mayoría de ella cuando crezca y madure entre a formar parte de mi clientela, hasta la cuarta

generación, cuando menos."

No, no. No quiero. No puede ser. Aunque me arrastren otra vez como a Guido.

Entra Diego, gordito, sonriente, cuello de tortuga, pantalones holgados. Le extiende la mano. "Tengo la impresión de que hablabas sólo".

Que alivio la llegada de Diego, aunque me haya sorprendido en mis locuras. Casi no pude pronunciar las palabras.

¿Cómo estás?

Balbuente.

"Fausto, te voy a presentar a mi nueva amiga Margot. Da clases de literatura. Ha leído tus poemas y ensayos. Le

gustan mucho. Siéntate Margot".

Encantado señorita. La conocí, tal vez, en alguna parte. Tan delgada. Que escalofrió. Me tiembla el cuerpo entero. Tengo fiebre, me siento horrorosamente mal. La Margot. No es otra Margot que la que bailó conmigo la horrible cuarta versión del Waltz. Que no caiga en la tentación. Soy el artista nato. Margot. Margot. Margot.

Después la sombra: "Decídete, lo que te hace falta es vivir una temporada conmigo. Así conocerás el mundo y olvidarás tus sueños.

Vamos. Adiós."
Trueno en el piano.

